

*Discurso del Académico Dr. Alberto Rodríguez Varela, en el sepelio del Dr. Isidoro Ruiz Moreno, en el cementerio de Olivos, el 11 de mayo de 1986*

En la Biblioteca del Club Universitario participamos en agosto pasado del homenaje que en forma conjunta le rindieron al Dr. Isidoro Ruiz Moreno tres Academias Nacionales y el Colegio de Abogados de Buenos Aires. El maestro, el estudioso, el publicista, el hombre de Estado, podía exhibir ante sus conciudadanos, al cumplir ochenta años, el ejemplo de su vida rectilínea, signada por el patriotismo, la austeridad, la sabiduría, la prudencia y el espíritu de servicio.

Pocos meses después de ese homenaje debo pronunciar estas palabras, en nombre de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, para despedir a nuestro ilustre miembro de número en su tránsito a la eternidad.

No recapitularé los méritos sobresalientes de Isidoro Ruiz Moreno. Todos sabemos que fue un alumno brillante; que se graduó con los máximos honores; que desempeñó cargos relevantes; que recibió altísimas distinciones académicas y diplomáticas; y que sus libros, folletos, monografías y artículos han suscitado la admiración y el elogio de sus contemporáneos.

Todo eso, y mucho más, lo conocen los hombres de derecho, los especialistas en ciencias morales y políticas, los estudiosos del derecho internacional, en fin, todos los que hemos seguido con afecto y admiración su brillante trayectoria intelectual. Prefiero, por ello, referirme brevemente al perfil moral de Ruiz Moreno.

Fue siempre un hombre cabal. Sin dobleces, ajeno a las especulaciones de los pequeños, inquieto por las cosas grandes, por las causas altas y generosas. En tiempos difi-

ciles era para todos un punto de referencia, una opinión valiosa, un hombre de inmensa autoridad moral.

Sencillo, sin alardes, tenía conciencia de que las tradiciones que llevaba en su sangre no le acordaban privilegios sino deberes. Fue un gran señor en el sentido más noble de la palabra. Entendió la vida como un servicio. Nunca fue pusilánime en sus actitudes ni versátil en sus juicios. Con sobriedad, sin levantar la voz, su sola presencia ponía en evidencia el coraje cívico que constituyó una de las modalidades características de su espíritu.

Tuve el honor de acompañarle en el Directorio del Colegio de Abogados cuando ejerció, en tiempos tormentosos, su presidencia. Jamás le vi vacilar ni temer. A través de inolvidables declaraciones públicas defendió con denuedo la causa de la libertad y la justicia, enjuició a quienes deformaban la Constitución histórica, y se batió con valentía por los más altos valores morales y políticos. Actuó así, con serenidad y firmeza, en momentos en que el terrorismo proyectaba su sombra amenazante sobre quienes, como Ruiz Moreno, no estaban dispuestos a callar.

En la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas sentiremos su ausencia con profundo dolor. Nos ha dejado un gran vacío. Él solo valía por una legión. Era un arquetipo. Un consular que hacía recordar las épocas de genuino republicanism. Con hombres como Ruiz Moreno nos organizamos constitucionalmente y nuestro país pudo alzarse altivo entre todas las naciones del orbe.

Era un estudioso que tenía siempre la cita oportuna y el adecuado enfoque para cualquier cuestión jurídica o histórica. En su última comunicación a nuestra Academia efectuó una reseña y una síntesis de los principios que en el pasado habían inspirado la política internacional argentina.

Estuvo inquieto, hasta el final, por el porvenir de la República. Guardó siempre fidelidad al cauce señalado por nuestros mayores, que en horas inciertas tuvimos el infortunio de abandonar. Hasta días muy recientes, sus reflexiones, agudas y oportunas, fueron volcadas en colaboraciones periodísticas que acreditaban la perenne juventud de su espíritu inquebrantable.

El Señor, en el Sermón de la Montaña, promete la

bienaventuranza a quienes luchan por la Justicia y aman la Paz. Ambos valores, Paz y Justicia, fueron para Isidoro Ruiz Moreno motivo de vigiliias y fatigas. Confiados, pues, en la palabra evangélica, al despedir a nuestro colega y amigo, pedimos al Señor que le otorgue el descanso eterno y que la luz perpetua lo ilumine.

*Discurso del académico Dr. Horacio A. García Belsunce, en el sepelio del doctor Isidoro Ruiz Moreno, en el cementerio de Olivos, el 11 de mayo de 1986*

La Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires viene por mi intermedio a despedir los restos de su académico titular Dr. Isidoro Ruiz Moreno y al hacerlo rinde homenaje a un ciudadano ilustre, cuya personalidad, en sus múltiples facetas, trascendió las fronteras del país y se proyectó en todos los lugares del mundo en los que hubo un problema que por su singular autoridad en derecho y política internacional requiriere una opinión experta, un consejo sensato o una intervención ponderada.

Más que difícil, imposible, es reseñar la trayectoria del Dr. Isidoro Ruiz Moreno en esta dolorosa ocasión, en que la brevedad se impone en respeto al dolor que embarga a todos.

Dolor para su familia que ha perdido al virtuoso esposo, padre y abuelo que rodeó de afectos a los suyos y les dio las grandes enseñanzas que sólo germinan cuando se han abierto surcos fértiles y llenado con el ejemplo de una vida digna y un amor sin límites.

Dolor para sus amigos que ven partir al brillante estudiante que se graduara hace cincuenta y siete años de abogado con medalla de oro, al profesor de derecho internacional público, que ocupó la cátedra como adjunto de su ilustre padre, a quien sucedió en su titularidad.

Dolor para las instituciones que se honraron al contarle entre sus miembros y, entre ellas, la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, para la que fue un arquetipo de académico, que así como sobresalía su talla, se destacaba su preclara inteligencia, su juicio meditado y reflexivo, su generosidad de espíritu.

Dolor para el país que pierde uno de sus más ilustres ciudadanos. Con pasión, pero sin excitación, con firmeza en sus convicciones aunque siempre dispuesto a dialogar sobre posiciones diferentes de la suya, con estilo republicano y austero, defendió los principios de nuestra organización institucional, la intangibilidad de la Constitución histórica de 1853-1860 y sus postulados básicos: las libertades civiles y políticas, la idoneidad en el desempeño de los cargos públicos y la vocación de servir al país en su ejercicio y nunca servirse de ellos.

Cada vez que aparecieron corrientes que efectiva o potencialmente pusieron en peligro esas instituciones, se alzó la voz de Ruiz Moreno para dar el toque de alarma, pero su actitud no paró allí, sino que invariablemente integró y lideró todos los movimientos cívicos que tuvieron por fin la lucha por el orden jurídico, por la ética política republicana, por la dignidad de la cátedra universitaria, por la majestad de la justicia y por el respeto de los derechos de las naciones soberanas.

Otra será la oportunidad en que haremos, con la minuciosidad y profundidad que requiere, la biografía de Isidoro Ruiz Moreno. Una personalidad que ha marcado rumbos en la República, que ha dejado grabado un sello imborrable en la rama del derecho de su especialidad, que ha conquistado la admiración, impregnada de afecto y de respeto, de cuantos hemos tenido el privilegio de haber gozado de su amistad, no puede ni siquiera reseñarse en esta ocasión. La emoción que origina su partida empaña el lucimiento que merece su recuerdo.

Permitidme, señores académicos, que incurriendo en un exceso del mandato que he recibido tribute mi modesto pero muy sentido homenaje personal a mi profesor del año 1942, al académico que me diera con inmerecidos elogios la recepción en las Academias de Ciencias de Buenos Aires y de Derecho y Ciencias Sociales, al amigo de siempre, a quien admiré como hombre en la más amplia extensión y comprensión espiritual del concepto.

Dr. Isidoro Ruiz Moreno: La Academia en la que ocupasteis el sitio que lleva el nombre de vuestro padre os despide con los honores que sólo se rinden a los grandes. Vuestros amigos os lloran con la resignación que da la fe en las decisiones del Altísimo, elevando al Señor nuestra plegaria para que compartáis su gloria en la vida eterna.